

La misa es en honor de S. Goar, y la oracion la siguiente:

Oye, Señor, favorablemente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Goar, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos favorecidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradarte. Por nuestro Señor Jesucristo, etc. nuestro Señor Jesucristo, etc. etc.

La Epístola es del cap. 31 del Eclesiástico, y la misma que el día v, pág. 111.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corre tras el oro. Seguramente que se libra de mil ansias, de mil cuidados, de mil desvelos, de mil inquietudes y de mil pesadumbres. ¿Cuándo se ha de acabar de conocer la insubsistencia, la vanidad, la ilusion de esa sombra, de esa fantasma que se llama fortuna, tras la cual se corre hasta consumirse y exhalararse? ¡Si á lo menos se quisiera hacer alguna reflexion sobre aquellos afanes, sobre aquellos amargos y crueles sobresaltos, que son en rigor la única renta, el único fruto que producen los inmensos gastos que se hacen en ese comercio!

Quiérese hacer fortuna; espérase igual dicha á la que lograron otros que no comenzaron con mayor caudal. Domina la ambicion; persuádesse el ambicioso que le sobran genio y talentos; todo se le representa fácil al arrojado. Es el comercio un mar tempestuoso, está sembrado de escollos, hicieronle famoso los naufragios; no importa; ni por eso se teme embarcarse en él; échase la cuenta de que cuando los vientos soplen contrarios, se navegará á fuerza de remos; y que á pesar de los piratas y otros mil peligros se arribará dichosamente al puerto.

No es menester especificar aquí por menor todas las fatigas. Un negociante deja estampado su retrato en cualquiera parte donde esté. El aire enajenado, enfadoso y taciturno, el semblante sombrío y solitario, los ojos siempre encendidos, todos los modales tan embarazados, que tácitamente están despidiendo á cuantos no traten de empréstito, de cange y de interés. A vista de esto, con mucha razon se puede preguntar, ¿si hay en el mundo estado mas penoso, ni mas austero, y aun se puede añadir, si le hay mas trabajoso ni mas ingrato?

No les basta el día para sus fatigosas ocupaciones; nieganse á

si mismos el descanso que no niegan á sus esclavos. La noche disputa al día los afanes; quietud; sueño y comida, todo se interrumpe por el negocio: pagas, comisiones, letras, libros de caja, todo los tiene en una esclavitud, en una servidumbre que apenas los deja tiempo para acordarse de que son cristianos. Serian menos duras estas penalidades si á lo menos por algunos momentos se pudieran separar de su corazon las inquietudes; pero en mar tan proceloso, ¿qué día amanece sereno? ¿qué hora se puede esperar de calma? Ni son ya lo que mas se teme las tempestades y los naufragios; mayores y mas justos sobresaltos causan las manos de otros hombres. Véense casi siempre obligados á fiar toda su hacienda, y aun la ajena, á la buena fe de un desconocido, en un tiempo en que reina en todas partes la codicia, y en que es tan rara la exacta hombría de bien en todas ellas. Confesemos que las riquezas son un fondo inagotable de inquietud y de amargura. ¡O mil veces bienaventurado aquel que no corre tras el oro!

El Evangelio es del capítulo 13 de S. Lucas.

En el mismo tiempo vinieron algunos á darle noticia de aquellos galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de sus sacrificios. Y él respondiendo, los dijo: ¿Pensais vosotros que estos galileos hayan sido mas pecadores que los demás galileos, porque padecieron tal castigo? Os digo que no; pero si no hicieris penitencia, perecereis todos de la misma manera.

MEDITACION.

De la indispensable necesidad de hacer penitencia.

PUNTO PRIMERO.—Considera la energía, la precision y la universalidad de este oráculo: *Si no hicieris penitencia, todos perecereis* Necesidad, por decirlo así, tan indispensable como la de la fe, la del bautismo y la de la gracia final para salvarse. *Háblase respecto de los adultos.* No hay edad, no hay condicion, no hay estado que se exima de ella. La proposicion es general, y tambien lo es la necesidad. O eres pecador, ó eres inocente.

Si pecador, ¿como te atreverás á prometerte el perdon sin la penitencia? Si inocente, y aun no has pecado, puedes pecar; y esto basta para que la penitencia te sea indispensable. ¡Ah! que la inocencia es un tesoro guardado en vasos frágiles sumamente quebradizos; no hay cosa mas preciosa que este tesoro, pero tampoco la hay mas frágil que estos vasos contra los cuales parece que todo va á tropezar. ¡O mi Dios, y cuantos enemigos tenemos siempre alerta y emboscados siempre! En la vida todo es peligros, todo lazos, escollos todo. Dentro de nosotros mismos llevamos el enemigo de nuestra salvacion, siempre de inteligencia con los sentidos, siempre dócil á la impresion de los objetos exteriores, siempre de acuerdo con el amor propio. En la misma sangre contraemos la inclinacion á lo malo. Todo es tentacion, y la vida del hombre es una continua guerra que solo se acaba con la muerte. El que no quiere ser vencido, no puede dejar las armas de la mano; y si no se vela sin cesar contra un enemigo que jamás se duerme, es preciso que nos sorprenda. El aire que respiramos es contagioso; son pocos los objetos que no despidan de sí algunos hábitos malignos; no puede estar seguro el que se espone á ellos sin preservativos y sin precauciones. Esos preservativos, sin los cuales corre peligro la vida; esas armas, sin cuya defensa seguramente nos herirá el enemigo; esa vigilancia, esos esfuerzos, esa violencia, de que ninguno debe considerarse dispensado, es la penitencia. Es preciso velar y orar sin cesar; es preciso mortificar el cuerpo del pecado, reprimir los sentidos, domar las pasiones, todas á cual mas rebeldes. ¿Qué te parece? ¿consérvase por largo tiempo la inocencia sin el auxilio de la penitencia? Y si se ha pecado, ¿se podrá escusar este socorro? El incomprendible rigor de las penas del infierno y su eterna duracion aun no son suplicio excesivo para castigar un solo pecado mortal; y una alma manchada con millares de millares de gravísimas y de feísimas culpas, ¿presumirá conseguir el perdon sin hacer penitencia? ¡Qué locura! Cuéntase con los méritos de nuestro Señor Jesucristo; es así; porque sin estos méritos, ¿qué podíamos nosotros esperar? pero ese mismo Salvador, ese Padre de las misericordias nos declara espresamente, que con toda su misericordia, si no hacemos penitencia, todos pereceremos infaliblemente. ¿Has comprendido bien la fuerza y el sentido de este oráculo?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la condicion habla con todos los estados: *Si no hicieris penitencia, todos perecereis*. La generalidad es sin escepcion. Grandes del mundo, criados en el

seno de la delicadeza y del esplendor, antes quienes todos se doblan, todos se arrodillan, todos se postran, y que ignorais hasta las voces de mortificacion; *si no hicieris penitencia, todos perecereis*. Poderosos del siglo, vosotros que vivis en medio de la abundancia, rodeados de la magnificencia, anegados en gustos, nadando en diversiones; vosotros, á quienes todos lisonjean, todos aplauden, todo se muestra risueño, pasando los dias en la ociosidad, en la alegría y en el regalo; *si no hicieris penitencia, todos perecereis*; todos, sin que se tenga respeto ni á la grandeza de vuestro nombre, ni al esplendor de vuestro nacimiento, ni á la delicadeza de vuestra complexion. Damas del mundo, á quienes estremece, á quienes pone horror el nombre solo de penitencia; vosotras, que consumis todos los dias de la vida en eternas inutilidades, en juegos, en cortejos, en pasatiempos, en espectáculos; vosotras, que á costa de infinitos afanes cultivais la hermosura, la brillantez, la frescura y la viveza del color; vosotras que promoveis la sensualidad hasta lo mas refinado de la delicadeza; *si no hicieris penitencia, todas perecereis*, todas sin escepcion. Hombres de negocios, comerciantes, pobres oficiales, á quien ocupa toda la vida la codicia, el amor al interés y el ansia de hacer fortuna; *si no hicieris penitencia, todos perecereis*; hasta los mas infelices mendigos, hasta los que viven como abismados en lo profundo de la miseria, si se han de salvar, han de hacer penitencia. Argúyase, sutilícese, intérpretese cuanto se quisiere; es un oráculo que no se puede eludir, es un decreto claro y preciso, que de todos se deja entender. Vosotros, seais lo que quisiereis, si no hicieris penitencia, y una penitencia proporcionada á vuestras culpas, á vuestras necesidades, y una penitencia sincera y constante, todos perecereis. Por mas que te quieras atolondrar, por mas que te quieras aturdir, por mas que te quieras revolver contra esta moral, no hay cosa mas cierta ni mas infalible que este oráculo: *Los cielos y la tierra pasarán; pero las palabras de Jesucristo se mantendrán inmutables*.

Haced, Señor, que tambien se mantenga inmutable la impresion que estas vuestras divinas palabras han hecho en mi corazon y en mi espíritu. Conozco la indispensable necesidad en que estoy de hacer penitencia, y que esta necesidad es mayor en mí que en otro alguno. ¡Ah Señor, que he pasado sin hacerla la mayor parte de mi vida! Recibid, Padre de las misericordias, la que resuelvo hacer el resto de ella, con el favor de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS. — Regaré, Señor, el lecho con mis lágrimas; y pasaré las noches en un continuo llanto. (*Psalm. 6.*)

Voy, Señor, á resarcir los años perdidos, reparándolos con la penitencia y con la amargura de mi corazón. (*Isai. 38.*)

PROPOSITOS.

1 Espanta el nombre solo de penitencia. Ayunos, abstinencias, cilicios, sacos, disciplinas, maceracion de la carne, industrias ingeniosas de mortificacion, todo asusta, todo sobresalta nuestra delicadeza. ¿Pero nos dispensará ésta de la obligacion de hacer penitencia? ¡Cosa estraña! Se peca, se vive divertidamente, delicadamente, regaladamente, y se muere sin haber hecho ninguna penitencia. ¿Pues cual ha de ser nuestra suerte? O hemos de ser eternamente condenados, ó va por tierra la palabra de Jesucristo. Compon, si puedes, nuestra impenitente vida con esta infalible prediccion: *Si no hicieris penitencia, todos perecereis.* No te engañes miserablemente: de cualquiera edad, de cualquiera estado, de cualquiera condicion que seas, ten por cierto que infaliblemente te condenarás, si no hicieres penitencia; y comiézala á hacer sin dilatar un solo dia, si no quieres ser condenado. Da principio por un vivo y sincero dolor de tus culpas, que es la penitencia del corazón; pero no basta eso por lo comun; esa contricion, ese dolor, ese arrepentimiento y esa penitencia de corazón acompaña la mortificacion del cuerpo, de los sentidos y de la delicadeza. Las penitencias, por decirlo así, de obligacion, han de preceder á todas las demás; ayunos de la Iglesia, que son penitencias de precepto, cuaresmas, cuatro tómporas y dias de abstinencia, en esto nunca te has de dispensar. ¿Pero te incomodan un poco estos preceptos? mejor; eso es lo que pretende la Iglesia; por eso se imponen los ayunos y las abstinencias para incomodar la sensualidad y el amor propio; no pretende la Iglesia matarte, sino mortificarte. Si no sintieras algun trabajo, no seria penitencia. ¿Pero serán legítimas todas esas dispensaciones? ¿muchas de ellas no serán subrepticias? ¡O mi Dios, y qué de achaques aparentes, qué de relaciones abultadas se nos han de representar á la hora de la muerte!

2 No te contentes con las penitencias de obligacion, añade á ellas algunas voluntarias. Buena penitencia es sufrir sin hablar palabra, llevar con paciencia el mal humor de aquellos con quienes vives y con quienes tratas, sus contradicciones, sus injurias y sus desprecios. Los instrumentos de mortificacion para macerar

la carne no se hicieron solamente para los claustros religiosos, tambien son muy convenientes á los seglares; razon es que donde hay mas pecados haya tambien mas penitencia. Si lo consultas con tu amor propio, no habrá penitencia que no te haga daño; consulta el punto con tus enormes culpas, y hallarás que por mas penitencias que hagas, por austera y por mortificada que sea tu vida, siempre quedarás deudor á la divina Justicia. La penitencia debe ser una virtud ordinaria á todos los cristianos; no se pase dia sin que hagas alguna; mortifica tus sentidos, tus ojos, tu lengua, tu apetito, tu gusto y tus pasiones; haz algun sacrificio cada dia, acordándote siempre que irremisiblemente perecerás si no hicieres penitencia. *El reino de los cielos padece fuerza, y solamente le arrebatan los que se hacen violencia.*

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, alcaide de una cárcel, NICOSTRATO protonotario, CASTORIO, VITORINO Y SINFORIANO, en Roma, á los cuales S. Sebastian convirtió á la fe de Jesucristo, y bautizó el santo presbitero Policarpo. Como se ocupasen en buscar y recoger los cuerpos de los santos mártires, los mandó prender, y por diez dias con halagos y amenazas les estuvo persuadiendo á que volvieran al culto de los dioses; pero como no pudiese apartarlos de su propósito, despues de haberlos puesto por tres veces al tormento, los mandó arrojar al mar.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEREGRINO, LUCIANO, POMPEYO, ESICHO, PAPIO, SATURNINO Y GERMANO, en Drazzo de Macedonia; siendo de nacion italianos, se acogieron á aquella ciudad huyendo de la persecucion de Trajano, y como viesan en ella crucificado á S. Astio obispo, confesaron públicamente que eran cristianos, y el presidente de aquella provincia mandó prenderlos y arrojarlos al mar.

SAN BENEDICTO XI, del orden de Predicadores, en Perusa; el cual en el corto tiempo de su pontificado promovió maravillosamente la paz de la Iglesia, el restablecimiento de la disciplina, y el aumento de la religion. (Antes de subir á la cátedra de S. Pedro se llamaba Nicolás Bocasini, y era hijo de un pastor, ó segun algunos de un escribano de Treviso. Nació en 1240, y á los catorce años tomó el hábito de padres Predicadores. En 1303 fué elevado al solio pontificio, cuyo elevado cargo nada cambió en su género de vida, siendo su humildad tan extraordinaria que habiendosele presentado en cierta ocasion su propia madre ataviada no quiso conocerla hasta que volvió á su presencia con el modesto traje que tenía de costumbre. Murió envenenado, en 1304, á